La Cena de las Burlas

Poéma dramático

en cuatro actos y en verso

original de

Sem Benelli

y traducido por

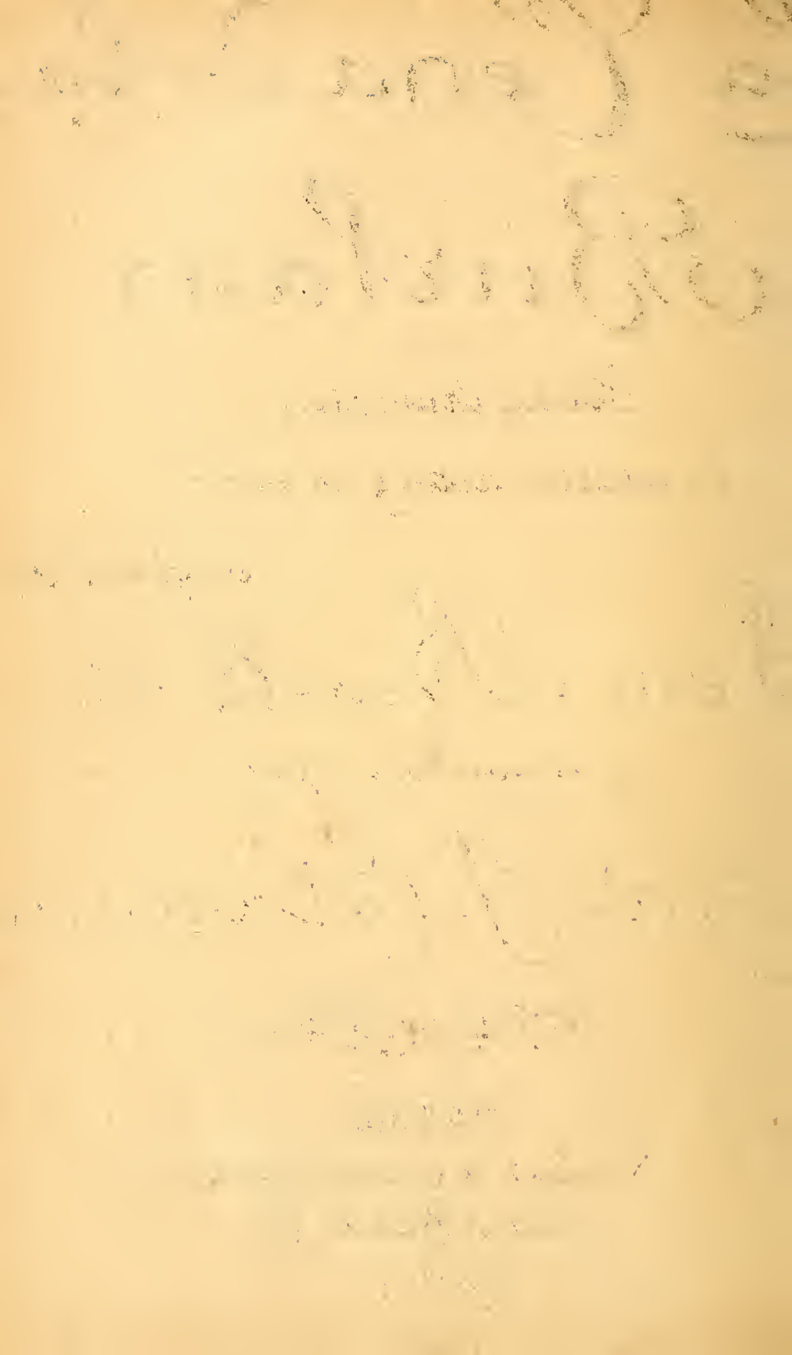
Ricardo J. Catarineu

MADRID

Sociedad de Autores Españoles

Nuñez de Balboa, 12

1911



LA CENA DE LAS BURLAS

LA CENA DE LAS BURLAS

POEMA DRAMÁTICO

en cuatro actos y en verso

ORIGINAL DE

SEM BENELLI

Y TRADUCIDO POR

RICARDO J. CATARINEU

Se estrenó en el TEATRO DE LA PRINCESA de Madrid, el 26 de Marzo de 1911

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA 11 DUP.º

Teléfono número 551

—

1911

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
GIANNETTO MALESPINI....	SR.	DÍAZ DE MENDOZA.
NERI CHIARAMONTESI.....		THUILLIER.
FAZIO.....................		MARTÍNEZ TOVAR.
TORNAQUINCI..............		CIRERA.
EL DOCTOR................		MESEJO.
GABRIEL CHIARAMONTESI.		JUSTE.
CALANDRA		GUERRERO.
NENZIO....................		URQUIJO.
LAPO......................		MONTENEGRO.
ESTAFERO.................		VARGAS.
GINEVRA..................	SRA.	SALVADOR.
LISABETTA................		BLANCO.
CINTIA....................		JIMÉNEZ.
LALDOMINA......		BÁRCENA.
FIAMETTA.................	SRTA.	LEÓN.

Criados, guardianes y estaferos

ACTO PRIMERO

Comedor en casa de uno de los Tornaquinci, Caballero Espuéla de oro, en Florencia. Armas en las paredes. Banderas en un ángulo de la habitación. A la derecha del espectador chimenea esculpida. A la izquierda se divisa por la ventana abierta los huertos, las casas, las torres y el monte de San Miniato. Por la derecha puertas á la cocina. Por la izquierda al interior de la casa. Por esta puerta entran también los que llegan de la calle. Adornos sencillos y elegantes. Pinturas al fresco en las paredes. Los criados preparan la mesa y acercan las sillas bajo la atenta inspección de Calandra el Mayordomo.

Nenzio, áspero y glotón, ríe socarronamente. Ha avanzado el crepúsculo. El rosado ambiente del anochecer se extiende sobre làs colinas y sobre la ciudad. Los servidores aperciben luces. Al final del acto noche de luna. En Mayo.

—

(Entra el TORNAQUINCI. Trae un libro entreabierto como interrumpida la lectura. Se sienta en un sillón esquivando el bullicio.)

Tor. Ningún detalle se os olvide. Quiero
que nunca se recuerde más lujosa
cena en Florencia. Son mis invitados
hombres que saben disfrutar la vida.

Cal. Sé quiénes son. ¡Eternos convidados!
Quedará satisfecho su apetito.
Les he comprado un ánade exquisito,
que será la delicia de esta noche.
Un tesoro, señor.

Tor. ¿Y ese tesoro
dónde lo descubriste?

Cal. Lo he adquirido

de manos de una niña encantadora,
toda ojos negros y cabellos de oro.
¡Ya me hubierais, señor, agradecido
que trajera también la vendedora!

Tor. ¿Quién piensa ahora en mujeres?

Cal. ¡Evidente!

Tor. No hacen falta. Su cháchara maldita
yo no la aguardo...

Cal. Colectivamente...
Pero siendo una sola ¡y tan bonita!
(Pausa; á Nenzio,)
¡Eh! Tú, Nenzio. Custodia á esos granujas.
Tan cerca de los pollos me dan miedo.

Nenzio ¿Miedo? ¿De qué?

Cal. Yo les conozco á fondo
y sé lo que me digo.

Nenzio ¡No sería
un delito tan grave!

Cal. ¡Han de quedaros
golosinas y víveres de sobra!...
¡Cuidado especialmente con el vino!

Nenzio ¿Habrá que tener seca la garganta?

Cal. No me parece que la tengas seca.
Al contrario, sospecho que bebiste
en demasía... ¡Y á guardar silencio,
ó yo te haré callar á cintarazos!

Tor. ¿Qué sucede?
(Suspendiendo la lectura que le tenía absorto.)

Cal. Señor. Es la canalla
que nunca se conduce como debe.
¡Pronto! ¡Ya estás en marcha! (Mutis Nencio.)

Tor. No te exaltes,
Calandra: has de tener filosofía.

Cal. Como consejo, bien está el consejo.
Pero después si hay falta es culpa mía.

Tor. No, yo sé tu lealtad, mi pobre viejo.

Cal. Vienen, señor.

Tor. Daos prisa y salid pronto.

Cal. Es el señor Giannetti Malespini.

Tor. Que entre.
(GIANNETTO entra con FAZIO. Está pálido. Se cubre con una capa roja y trae puesto el capuchón.)

Gian. Os saludo y, como veis, aun vivo.

Tor. En verdad, caballero, que os recibo
con placer singular, pues ya temía
que á veros otra vez no volvería,

cuando me dió el Magnífico la buena
nueva de que en mi casa debería
en honor vuestro disponer la cena.

Gian. ¿En honor mío?

Tor. Y de otros camaradas.

Gian. Y para festejar las puñaladas...
Es cierto. Aun tengo el cuerpo atravesado;
y no os digo en qué parte, por vergüenza.
¡Dieron en blando, y menos mal! ¡Qué im-
[porta!
¡Burlas son burlas y la vida es corta!
No contengais la risa, yo os lo ruego.
¡Aun ha de ser mayor la risa luego!

Tor. Los que vengan serán vuestros amigos.
Como á tales la cena he preparado.

Gian. Una cena de amigos, bien pensado;
aunque entre ellos estén los enemigos.
(Se despoja del manto y entrégalo á un criado que lo pone sobre el arca.)

Tor. ¿Quiénes?

Gian. Los mismos que la burla hicieron.

Tor. ¿Neri y Gabriel, no es cierto, los hermanos
Chiaramontesi?

Gian. Mis verdugos fueron.
Mas lo manda el Magnífico y es justo
obedecer: yo estrecharé sus manos.

Tor. ¿Y haréis las paces?

Gian. De Lorenzo es gusto.
Yo sé que tiene Médicis motivos
para agradarle el desollarlos vivos;
mas, ya que lo ordenó de otra manera,
¿cómo á su voluntad me resistiera?
Yo sé de todo lo que son capaces...

Tor. ¿Y haréis las paces?

Gian. Sí. Y haré las paces.

Tor. ¿Después que os sumergieron en el río
encerrado en un saco?

Gian. Justamente.
¡Todavía del Arno siento el frío,
y me veo ridículo y doliente!

Tor. ¿Y aun os dieron después de puñaladas?

Gian. Todavía no están cicatrizadas.
(Tornaquinci muéstrase asombrado del raro carácter de Giannetto. Agitado se dirige á los servidores que se han puesto á escuchar con la boca abierta. Uno de los criados lleva una linterna en la mano.)

Tor. ¿Quedó ya todo listo?
(Los criados atentos se inclinan y se van.)

Gian. ¿Qué teméis?
(Tornaquinci mira receloso á Fazio. Presentándole.)
Es Fazio el más leal á mi persona.
(Fazio se inclina.)
Podéis hablar cual si mi hermano fuera.

Tor. Yo creo que el Magnífico Lorenzo
de Médicis, un hombre tan completo
y maestro de vida y de elegancia...

Gian. (Quitándole la palabra de la boca.)
... es esta vez un hombre completísimo,
de vida y de elegancia maestrísimo.

Tor. ¿No bastó que os calaran en el Arno,
ni que un puñal el cuerpo os desgarrara
para enseñaros á tomar la vida
alguna vez en serio? ¿Qué hombre sois?

Gian. (Variando de tono.)
Cúmplase vuestro antojo, caballero.
Hablemos seriamente y con reposo:
mas que será la última vez espero.
Me tomais por alegre y soy brumoso.
Me suponeis liviano, bullicioso,
y acaso soy feroz...

Tor. No. De haber sido
feroz...

Gian. Seguid... ¿No hubiera consentido
ser remojado y luego acuchillado?
¡Sí, soy cobarde!... Pero el alma mía
del ajeno valor se ha contagiado,
inundándose en bárbara alegría.
Neri y Gabriel los dos hermanos viles,
en otro tiempo, cuando Dios quería,
compartieron mis juegos infantiles.
Su alegre fuerza de leones era
mi asombro, y estos ojos les miraban
con respetuosa admiración sincera,
que su crueldad jamás agradecía.
Cuando sus zarpas en mi piel clavaban,
yo retorcido de dolor gemía.
—Sé valiente—otros niños me gritaban.
—¡Hazte hombre! ¡Sé enérgico, sé fiero!
¡Y ellos mismos á serlo me incitaban!
Pero apenas erguíame altanero,
de nuevo en tierra con desdén me echaban.
¡Ah, qué infame tormento, caballero!

¡De mis propios temores temeroso,
sin valor, sin amor! Naturaleza
quiso hacerme pacífico y la vida
me dió dolor y con dolor fiereza.
Mas para mi defensa solo tengo
un arma, que es mi astucia, apercibida,
y ahora con ella á defenderme vengo.
Mi mente ha sido en el dolor templada
y ha de brillar como fulgor de espada.
Por esto juego y burlo y me chanceo
y amo el peligro y cuando en él me veo
sufro y gozo á la vez, porque mi mente
su ingenio aguza poderosamente.
¡Ah! Yo quisiera que esos dos hermanos
aun fueran más feroces, más bravíos,
más duros, más crueles, más tiranos,
para vencerles con mayores bríos.
De Neri conoceis la impertinencia:
sus fieras burlas y su brazo aleve
son el terror constante de Florencia:
nada respeta y nadie se le atreve.
Solo su hermano en él tiene influencia.
Juntos los dos, en mí se encarnizaron,
y á sus golpes y burlas intentaron
esclavizar mi voluntad sumisa.
¡Ah! ¡Pero hay algo que jamás lograron
á su capricho someter, mi risa!
Es en vano su fuerza y poderío;
yo de su fuerza y su poder me río...
¡Reir, siempre reir! El alma mía
antes un fondo de bondad tenía
y era el amor. ¡También me lo arrancaron!
Descubrió Neri mi secreto un día
y allí mis esperanzas naufragaron.
Se apoderó de la que yo quería,
y su violencia é impudor rindieron
lo que mi ensueño sobre el sol ponía.
La mujer á quien nunca se atrevieron
mis pobres labios á rezar su encanto,
objeto de placer mis ojos vieron
bajo el poder del que aborrezco tanto.
Con engaño llamáronme á la casa
de la mujer que amé—¡triste amor mío!—
y allí gozaron mi dolor sin tasa,
de allí me echaron en el Arno frío
y me hirieron después... ¡Bah! ¡Todo pasa!
¡Hoy de su fuerza y su poder me río!

Tor. ¿Reís?

Gian. Sí. ¡Ha muerto la mujer aquella
para mí, y en su altar he levantado
otra amante más lúcida, más bella,
mi único ensueño, toda mi esperanza!
¿Queréis saber su nombre? La venganza.
Yo sabré darle vida, tan hermosa
como mi amor la disfrutó soñando,
con dulces labios de color de rosa,
con ojos vivos, con acento blando,
con su carne de nieve perfumada.
Y así dirá mi alegre enamorada:
—En mi placer hay todos los placeres,
en mi amor aman todas las mujeres.
¡Ríe si quieres que de ti me fíe!
¡Ríe si aspiras á gozar mi encanto!
¡Ríe, mi risa no conoce el llanto!
¡Ríe, si quieres conseguirme, ríe!—

Tor. Yo os suponía resignado y veo
que es la venganza vuestro gran deseo.
¡Cuántos caminos á los hombres llevan
á la crueldad! ¿No elegireis mi casa
para matarles?

Gian. No. Quiere el Magnífico
que haya paz y la habrá. De esta paz misma
mi venganza saldrá. Sea hoy la cena
de Carnaval: yo el Carnaval adoro,
que es un eterno carnaval mi vida.
Hoy habrá paz. Después—Fazio lo sabe—
la libertad me confirió el Magnífico
de que proceda como más me plazca.
Por esta noche reine el disimulo.
Más adelante—Fazio, no lo olvides—
has jurado ayudarme.

Fazio El juramento
renuevo. A vuestro padre debió el mío
tales mercedes que, si el diablo fuérais,
yo vuestra santidad proclamaría.

Cal. (Llegándose á la puerta.)
Señor, más invitados.

Tor. Que entren.

(Por la derecha aparecen otros servidores. Fazio entra rápidamente por la izquierda.)

Gian. (¡Tiemblo!)

Tor. ¿Pero por qué no me decís?...

Gian. Dejadme
con mi secreto.

Fazio (Entrando por la izquierda, á Giannetto.)
Traen á la señora
Ginevra.

Gian. (Recobrando su sangre fría.)
Lo celebro.

Tor. Entrad, señores.

(Entran. NERI se encubre en una capa verde que entrega á un criado, el cual la deja con la de Giannetto sobre el arca. Es Neri de ruda belleza. Síguele GABRIEL, conduciendo á GINEVRA. Fuerte también, es más fino de modales y de aspecto que Neri. Viene sin capa. Ginevra es hermosa, suave, lánguida. Llega con ellos un criado, LAPO, que asistirá inmóvil á la cena, confundiéndose luego con los servidores de Tornaquinci.)

Neri (Estrechando la mano á Tornaquinci.)
Caballero: os saludo y agradezco
vuestra cortés invitación.
(Tornaquinci saluda á Neri rígidamente.)
Hermano,
mira quien está aquí. Nuestro despojo.
¡Aun vive!... Para darlas de hombre sano,
¡cómo se ha acicalado y se ha pulido!
¡Dios te guarde, muchacho! ¡Bien venido!
(Viendo á Giannetto, que está en el lado opuesto, junto á Fazio.)

Gab. ¿Pulido, dices? ¡Aun está en remojo!
¡No le ves que chorrea! ¡Si aun tirita!

Neri Es que tiembla de miedo. Te he traído
para alegrarte una mujer bonita.
¿No es ésta la que habías elegido?
Acércate, no temas; dale un beso
en la mano, y confórmate con eso.
(Giannetto se acerca lentamente á Ginevra.)

Gin. (Riendo.)
¡Qué ridículo está!

Neri ¿Cómo? ¡Al contrario!
¡Tan galán y lo encuentra estrafalario!
¡Con qué maravillosa gentileza
ha hecho un gesto en honor de la belleza!
(Las últimas palabras de Neri acompañan á Giannetto en el acto de besarle la mano á Ginevra.)

Gian. Su escarnio fuí porque anhelé, señora,
dejar mi vida á vuestros pies rendida.
Cuando á la vida resucito ahora,
vuelvo á poner á vuestros pies mi vida.

Neri (Riendo fuerte.)
Habla entre dientes, pero está muy fino.

Tor. Vamos, señores. A sellar las paces.

Neri (A Giannetto con altanería.)
¡Ah! ¿Quieres paz? Pues á la paz me inclino.
¡Venga la paz, si así te satisfaces!
Y cuando guerra quierás, habrá guerra;
que yo no temo á nadie de la tierra
y soy audaz entre los más audaces,
y aun al propio Magnífico osaría...
(A Tornaquinci, que ha hecho un gesto de enojo y protesta.)
Con permiso de Vuestra Señoría.
Burlándome de siervos y tiranos,
pongo sátira en todas mis acciones;
si no basta la sátira, las manos;
si no llegan las manos, los bastones.

Gian. Y yo, como no puedo devorarte,
pido paz.

Gin. ¡Neri, paz!

Neri (A Ginevra.) No has de quejarte.
(A Giannetto.)
¡Un abrazo!

Gian. (Tendiéndole la mano.)
Mi mano.

Neri Esta es la mía.

Gab. Y á mí abrázame.

Gian. A ti te abrazaría.

Gab. ¿Por qué á mí sí?

Gian. Porque, aunque sé que tú eres
duro como él, y atormentarme quieres,
y sois dos monstruos de crueldades llenos,
y yo, en verdad, no te aborrezco menos,
sé que en el fondo tú eres desgraciado,
sufres y lloras como sufro y lloro...

Gab. (Que estrechaba á hurtadillas la mano de Ginevra, con quien había ya hablado en voz baja.)
¿Por qué?

Gian. (Señalando á Ginevra.)
¡Porque sus ojos te han mirado!
¡Porque la adoras como yo la adoro!

Gin. ¡Caballero, mentís!

Gab. (Trémulo de ira.) ¡Cómo! ¡Has osado!...

Gian. (Temblando, pero atreviéndose.)
¡Sí, como yo!
(Señalando á Neri.) ¡Por miedo lo has callado!

Neri (Feroz y como para sus adentros.)
¿No merece más palos que un jumento?
(Directamente á Giannetto.)
¿Qué te importa á ti de él?
Tor. Vamos, señores.
Dad tregua á las rencillas un momento.
(A los servidores.)
Pronto, servid.
Neri (Sobreponiéndose. A Gabriel.)
Despréciale. Ya sabes
que es medio idiota... Pero, en fin, ¿qué tie-
¿Por qué estás pensativo? [nes?
Gab. Es que no puedo
seguir aquí... Ya en casa te lo dije.
(Giannetto, aparte, oprime con fuerza el brazo de Fazio.)
Neri ¿Pero por qué?
Gab. No ignoras que esta noche
debo marchar á Pisa; que el Magnífico
me lo ha ordenado... (Giannetto, el mismo juego.)
Neri ¿Y vas á obedecerle?
Nos infaman de Médicis las órdenes.
¡Somos pisanos!
Gab. Sin embargo, quiero
obedecer.
Neri Gabriel, te ruego olvides
las palabras de este hombre; y que si acaso
fué verdad y si tú la deseaste,
vuelvas curado. Ella es toda mi vida;
sino, me apresurara á abandonártela.
(Ginevra sentada en un sillón rie.)
¿De qué te ríes? Piensa en tus asuntos,
en sedas y en tocados y en alhajas,
que para eso naciste solamente,
para sedas y joyas y tocados.
Gin. (Casi cantado.)
Nací para tener encadenados
á mis pies dos leones, mientras sabe
gentil mancebo mi cabello suave
(Mirando á Giannetto.)
acariciar con dedos perfumados.
Neri No desmientes tu estirpe; mas te juro
que yo habré de enseñarte á ser juiciosa.
Gab. ¿Qué más vas á pedirle? ¿No es hermosa?
Neri Hermano... Sí, en verdad, te lo aseguro,
es mejor que te vayas.
Gab. Te lo dije.

Gin. (Canturreando.)
Nací para tener encadenados
á mis pies dos leones...

Gab. (Al Tornaquinci.) Caballero,
mi hermano y yo quedamos obligados
á vuestra invitación amable... pero...
me es forzoso partir... Debo ir á Pisa.
Lo ha ordenado el Magnífico.

Tor. Ese nombre
es á mis ojos la razón suprema...
Pues es preciso, me resigno y hago
votos por vuestra dicha. (Se saludan.)

Neri (Aparte.) Gabriel, oye.
Leo en tus ojos el rencor, y sufro...
Ven, quédate; yo siempre te he querido
sobre todas las cosas de la tierra.

Gab. No, Neri, no; mejor es que me ausente,
y cuando torne, volveré curado.

(Se abrazan. Gabriel mira á Giannetto, pero no le saluda; le hace un gesto de desprecio. Al pasar delante de Ginevra, ésta le da una flor. El la coge en silencio y sale.)

Tor. Y ahora, si me dais venia, caballero,
á recordaros volveré la causa
que os trajo á honrar mi mesa. Si á un anciano
le permitís que os aconseje...

Neri Cierto.
(Volviendo el pensamiento á su hermano y mirando á Ginevra.)
¡Ven acá tú, perversa! ¡Eres tú misma
quien le incita y le busca lisonjera!

Gin. ¿Yo? ¡Nunca!... ¡Yo, ni le miré siquiera!

Gian. ¡Oh, la mujer! ¡Misterio eterno! Cuando
parece que no mira está mirando;
y al no vernos sus ojos frente á frente
nos está viendo más profundamente.

Neri (Recobrando su aspecto de alegría.)
Tiene razón este animal. Ha dicho
lo que diría un ser inteligente.
(A Ginevra.)
Vuelve á la risa y triunfe tu capricho.
Eres hermosa, inmensamente hermosa,
y amor de su poder te dió el secreto...
¿Giannetto, ves? Toda ella es nieve y rosa
y es oro y luz. ¡Por el amor, Giannetto!
(La besa en la frente.)

Tor. (A Calandra.)
¡Acabaréis!

Cal. La mesa está dispuesta.

Neri No puede darse más feliz respuesta.
(Dirígense á la mesa.)

Tor. ¡Sea cena de paz y de alegría!

Gian. ¡Por mí, sí!

Neri ¡Esta es mi mano!

Gian. ¡Esta es la mía!
(Se estrechan las manos. El Tornaquinci les indica los puestos respectivos. Neri en la cabecera derecha. Giannetto en la izquierda. El Tornaquinci, junto á Giannetto y frente al público. Ginevra, entre el anfitrión y Neri. Fazio de espalda á los espectadores.)

Neri ¡Oh, qué admirables trufas! ¡Qué divino
manjar! Yo soy gastrónomo excelente;
y, si se trata de regar con vino
las trufas, no hay conmigo quien compita.
Vuestra cena preséntase exquisita,
y es vuestro vino incomparablemente
delicioso...

Tor. Esperaba haber tenido
más comensales, pero somos pocos...

Neri No os preocupéis de los que faltan; juro
que he de comer y he de beber por ellos.

Gin. (A Neri.)
Si al Bandinello hubieras invitado
que tan bellas historias de amor sabe,
con ellas nos habría regalado.

Neri ¡Quimeras que te hubieran trastornado
el juicio! Para historias complicadas
baste la tuya.

Gian. ¡Oh, Neri! ¡Qué engañosa
ilusión, si aspiraste á poner freno
en lo que sueña una mujer hermosa!
¿Quién se atreve á medir su fantasía?

Neri Es que yo no la mido; la encadeno.

Gian. ¡Ilusión! ¡Como si alguien pretendiera
encadenar las nubes! Sí. Es el alma
de la mujer como rosada nube
primaveral que ciérnese ligera
sobre los campos y en el aire sube
meciéndose y girando en blanda calma,
y gozosa de ver á todas horas
que en la altura otras nubes voladoras
se miran, se sonríen, se embelesan,

se rondan y se cruzan y se besan,
mezclan sus tonos, cambian sus colores
y al cielo elevan su canción de amores...
El cielo es el marido ó el amante;
y, como él frunza el ceño un solo instante,
la red de nubes, que tu vista alegra,
risa de nácar, de oro y de amaranto,
verás hincharse tormentosa y negra,
y sobre el mundo desatar su llanto.

Gin. Verdad, verdad. (Soñadora.)

Gian. Y es que aman las hermosas
viendo el amor: para robar las flores
de sus amores, hacen falta amores;
rosas robadas, siguen siendo rosas.

Gin. (Con calor.)
¡Verdad!

Gian. Y así, cuando os juzgaba mía,
otro os robó con dulce engaño un día.

Neri Pero hoy, en cambio, quien me roba es ella.

Gin. ¿Yo?

Neri Tus caprichos. Es igual.

Gin. Pues déjame.

Neri ¡Oh! ¡Si pudiera! ¡Pero no es posible!
Te quiero demasiado: bien lo sabes.
(A los criados.)
¡Más vino! Tengo seca la garganta.

Gin. ¿Y me juzgabais vuestra? ¿Por qué?

Neri Explícanos
cómo soñar pudiste que lo fuera.

Tor. Hablad: será una historia deliciosa.

Gin. ¿Por qué? ¡Decidlo!

Gian. ¿Conque sois curiosa?

Gin. ¿Curiosa? No. Pero saber quisiera...

Neri (A Giannetto acariciando á Ginevra.)
¿Está hermosa, verdad?

Gian. ¡Siempre es hermosa
una mujer que un madrigal espera!

Neri ¿Sabes lo que te digo? Me pareces
uno de esos moscones zumbadores
que andan girando en torno de las flores,
sin posarse á gustar sus embriagueces,
porque allí está la abeja y nos las deja...
La miel es mía porque soy la abeja.

Gin. ¡Pero si tú le ofendes!...

Neri Yo me entiendo.
No se ofende por nada: está tranquila.

Gian. Neri tiene razón: nunca me ofendo.
Gin. Decid entonces. Me juzgabais vuestra...
Gian. Yo no me ofendo... Y, sin embargo, ahora
hablar no puedo... Perdonad, señora...
(Al Tornaquinci.)
Con vuestra venia, me retiro...
Neri ¿Cómo?
¿Es un agravio que inferirme quieres?
Has de quedarte, porque yo lo ordeno.
Siéntate y te repito lo que dije:
Esos arranques de desdén son malos
caminos para mí... Conque ahora elige:
ó divertirnos ó molerte á palos.
Tor. Mas yo no puedo consentir...
Neri No hablaba
ahora con vos.
Gian. Me habló de esa manera
porque es más fuerte y sabe que no puedo
luchar con él.
Neri ¡Lo haría con cualquiera!
De nada, ni de nadie tengo miedo,
y bien lo sabes tú que me conoces;
pues, si en vez de ser tú, Médicis fuera,
lo mismo hiciera. ¡Y lo proclamo á voces!
Tor. (Exaltándose.)
¡A nadie en mi presencia, caballero,
hablar así de Médicis tolero!
Neri A vos debo respeto solamente
en vuestra casa...
Gian. (Burlón.) A mí, también, espero...
pues te lo pido... respetuosamente.
Neri ¡Vino, muchachos!
(Bebe.) ¡Por mi nombre os juro
que un día, en cualquier fiesta donde acudan
jóvenes florentinos, de improviso
y en son de guerra me presento! ¡Entonces
veréis quién soy y cómo tiemblan todos!
Gian. ¿No oís? (Cómicamente.)
Gin. ¿Qué ha sido?
Gian. No... nada... es el techo
que al oir tal baladronada, cruje.
Neri ¿Baladronada?... ¡Demasiado sabes
que soy temido!
Gian. A mí también me temen,
y convendrá que no lo olvides. Tengo
un arma, que es la astucia...

Neri ¡Bah!... la astucia...
Yo me sostengo sobre piés de bronce
y tú eres blando como pluma suave..
¡Quisiera verte en la ocasión!...

Gian. ¡Lo mismo
digo de ti!

Neri ¡Quisiera verte ahora
en casa de la hermosa Peregrina,
entre sus valentones y cortejos,
vestido camo estás, mas con el rostro
de negro embadurnado!... ¡Dos florines
me juego á que no intentas la proeza!

Gian. Sin duda. Mis costillas son prudentes.
¡Yo, igualmente, quisiera tu fiereza
ver en tal trance!

Neri Ello es empresa propia
de gente débil como tú; por esto
te la propuse...

Gian. Y á mi vez yo apuesto
dos florines también á que, no obstante
esos alardes de valor gigante,
no eres capaz de entrar en la taberna
del Ceccherino, donde están reunidos
los jóvenes que dices que te temen,
los más valientes de Florencia, todos.
¡Y no hará falta que á luchar les brindes!
Solo con que te vistas la armadura
ha de bastar que te presentes para
que te deslomen.

Neri Todos morirían
de miedo, como yo me presentara,
incluso el propio Médicis, si entre ellos
estuviera...

Tor. (A quien Giannetto ha hecho un guiño intencionado.)
¡Quisiera verlo!

Gian. ¡Nadie
osará tal!

Neri (Enardecido.)
¡Van dos florines de oro!

Gian. (Entregándolos al Tornaquinci.)
Aquí están. Vos seréis depositario.

Neri ¿Tenéis una armadura?

Tor. Muchas tengo.

Neri (A Ginevra.)
Pues tú espérame en casa.
(A Lapo.) Y tú acompáñala.

Gin. ¡Qué triste interrupción de un bello diálogo!

Neri Es hora ya que esos bigardos sepan quién soy... ¡Tú, á casa! ¡Pronto!

Tor. Pero ¿tan bruscamente haréis que se despida?

Gin. No haber venido prefiriera...

Neri ¡A casa! Te traje á que él te viera, y ya te ha visto. En marcha, pues.

Gin. ¡Ya voy!

Neri ¡Pronto!

Gin. ¡Ay! Los hombres no escogen nunca la ocasión propicia. ¡Fuera tan dulce, al terminar la cena, un platicar sabroso y lentamente volver al nido del amor, cantando á la luz de la luna!...

Neri ¡Pronto! ¡A casa!

Gin. (A Lapo.) ¡Vamos, pues!... ¡Siempre el vino fué enemigo del amor! (Salen Ginevra y Lapo.)

Gian. (Bajo á Fazio.) Fazio, está dispuesto.

Neri ¡Venga la armadura!

Tor. (A los criados.) Traedme la armadura que el Magnífico usó la última noche que estuvo aquí.

Neri Pues la vistió el Magnífico, he de sentirme doblemente á gusto. ¡Tendré la sensación de haber entrado en la piel de los Médicis!

(El Tornaquinci hace ademán de lanzarse sobre él, pero Giannetto le contiene.)

Gian. ¡Prudencia!

(Los criados traen la armadura, toda de acero, labrada con arte.)

Neri (Examinando la armadura.) ¡Bella en verdad! ¡Y digna de este caso!

Gian. ¿Te estará estrecha?

Neri Un poco estrecha acaso. Soy más fuerte que el amo de Florencia. (Empieza á armarse.)

Tor. Por el contrario, parecéis iguales.

Neri No lo dudeis. ¡Más fuerte que el Magnífico!

Tor. Tal vez más fuerte, pero menos sabio.

Neri Ni aspiro á serlo: con la fuerza basta.

(A Giannetto.)
Pensaste bien: tus dos florines de oro
no cambiaría por ningún tesoro.

Gian. (Excitándole.)
¡Al fin no irás! ¡Y es natural el miedo!
¡Nadie puede atreverse á tal!...

Neri ¡Yo puedo!

Gian. Fazio: acércale el yelmo.

Neri ¡Venga vino!
(Los criados sirven de beber.)

Gian. ¿No te arrepentirás en el camino?
Esta vez ni tu hermano te acompaña.

Neri Siento su ausencia: mas sabrá mi hazaña.
(Ebrio.)
Bebo por el tirano que gobierna
esta ciudad de afeminados viles.
de comerciantes en robar sutiles,
de santos solamente en la agonía...

Gian. Que Dios te dé, si vas á la taberna.

Neri ¡Bebo porque Florencia no soporte
más tiempo las audacias y desmanes
de Lorenzo el Magnífico y su corte
de borrachos, ladrones y rufianes!
¡Brinda conmigo!

Gian. ¡Brindo!

Neri Trae la espada.
Son vuestras armas de una gran belleza.
Esta espada parece preparada
para segar de un golpe la cabeza
de todo un pueblo que al morir se inclina

Tor. ¡Como triunfeis, os la regalo en pago!

Neri ¡Abrid! ¡Abrid! La lucha se avecina.
(Neri hace mutis dando voces en completo estado de embriaguez)
¡Paso á la muerte! ¡Paso á la ruina!
¡Paso á la destrucción! ¡Paso al estrago!

Gian. (A Tornaquinci.)
Ahora, alejad á los criados. ¡Pronto!

Tor. (A los criados.)
Dejadnos solos.
(Salen los criados. Quedan Tornaquinci, Calandra, Fazio, y Giannetto.)

Gian. Y tú, Fazio, toma
su capa verde y llévala al instante
á mi casa, y después, rápidamente,
entra en la sala de armas de Grecheto

y la noticia en la ciudad divulga
de que Neri está loco, y matar quiso
á sus padres, y luego echó los muebles
por la ventana, y á esta casa vino,
prorumpiendo en denuestos y blasfemias
y saliendo á dar muerte á Ceccherino
y á cuantos florentinos halle al paso.
Yo voy también á la taberna, y antes
que él llegue todos le tendrán por loco.
(Sale Fazio. Al Tornaquinci.)
Y vos, señor, á Médicis decidle
que, solo en holocausto á su nobleza
sufrí tantos agravios y dolores;
mas hora es ya que sientan sus rigores
aquellos que ultrajaron su grandeza.
¿No quieren burlas? ¡¡Las habrá!!.. Señores,
¡abrid la risa que la burla empieza! (Mutis.)

TELON



ACTO SEGUNDO

Antecámara de Ginevra. En la casa de la mujer se refleja el señorío del hombre. En el ambiente se respira voluptuosidad. Los muebles son graves, blandamente amplios; las sillas cómodas; en las paredes armas y objetos preciosos. En el foro, una ventanita elegante bastante alta, ornada de un fresco que representa un jardín de amor y se desenvuelve por los muros latereles. A la derecha, hacia el fondo, una salida, que conduce á la puerta principal. A la izquierda, primero, la entrada á la alcoba y después una puertecilla secreta. Empieza á amanecer.

(Entra CINTIA por la derecha, seguida de LAPO, que permanece en pie cerca del foro, mientras ella cruza la habitación y llama á la puerta del aposento de Ginevra.)

Cintia ¡Abrid, señora! ¡Pronto! ¡Abrid, señora!
¡Mirad que os traigo una noticia grave!
(Breve pausa. A Lapo.)
Ya se levanta... ¿Pero estás seguro?

Lapo Florencia entera la noticia sabe:
Cuando entró en la taberna por asalto,
y con la espada levantada en alto,
tajos soltaba en todas direcciones,
sembró el terror: mas luego con presteza,
la fiereza oponiendo á la fiereza,
al león resistieron los leones.
¡Loco, sí! ¡Loco, Cintia!... Al fin lograron
apoderarse de él, le maniataron,
en la cueva le hicieron prisionero,
y sigue allí. ¡Su estado es lastimero!

Cintia ¡Dios nos proteja!

Gin. (Asómase á la puerta, bella y desceñida. Su vestidura matinal encubre apenas la admirable desnudez.)

¿Qué sucede? ¡Ese hombre!

(Se esconde ruborosa.)

Cintia Márchate. Mi señora es pudorosa.

(Sale Lapo y al punto reaparece GINEVRA.)

¡Señora, una desgracia pavorosa!
El amo perdió el juicio. Ha penetrado
del Cecherino en la taberna, armado,
amenazando á todos con la muerte,
rugiendo y blasfemando de tal suerte,
que fué preciso atarle y en la cueva
le tienen encerrado...

Gin. ¿Quién te dijo?...

Cintia En Florencia no se habla de otra cosa.

Gin. No desatines.

Cintia Lo que digo es cierto.

Gin. ¡Imposible!

Cintia ¿Por qué?

Gin. Porque ahí le tienes.

(Señalando á la habitación.)

Cintia ¡Habéis estado con un loco!

Gin. (Maliciosamente.) ¿Loco?

(Dirigiéndose á su habitación.)

En prueba de que no, vuelvo á su lado.

(Cuando ya está en el umbral de la puerta, retrocede maravillada. Aparece GIANNETTO sin acabar de vestir, en mangas de camisa, con el jubón y la capa verde al brazo.)

Gian. ¡Señora!

Gin. ¿Cómo habéis entrado?

Gian. ¡He entrado!

Gin. ¡Pero erais vos!... ¡No puede ser! ¡No quiero!

Gian. Basta olvidarlo y ya no ha sucedido.
¿Dónde hallareis castigo más severo
á mi culpa de amor que vuestro olvido?

Gin. ¡Salid! ¡Salid!

Gian. Que me escucheis espero.
Solo un instante de atención os pido.
Por tanto haced que esta mujer se ausente
ó volvamos adentro nuevamente...

Gin. ¡No! ¡Eso no! (Transición.)

Cintia: cerca aguarda.

(Cintia sale corriendo.)

Gian. Ahora

os debo explicación, si no he logrado
que mi amor comprendierais...

Gin. ¡Demasiado
lo he comprendido!

Gian Siendo así, señora,
sobra insistir y todo está explicado.
¿Qué más quereis saber?

Gin. De qué manera
entrar en esta casa habeis podido.
Os expusisteis á que Neri os viera.
No se os oculta su furor extremo.
¡Neri es temible!

Gian. ¡No! ¡Ya no le temo!

Gin. ¿No le temeis?

Gian. La luz se ha obscurecido
en su razón...

Gin. ¡Probádmelo!

Gian. A fe mía,
de no estar loco ó muerto, aquí estaría.
Es la mañana, la risueña hora
de despertar los pájaros traviesos.
Es la mañana, la hora seductora
de recoger las frutas y los besos...

Gin. Ved que no es ocasión de madrigales.

Gian. (Aludiendo á la ligereza del traje.)
Mi dicha ocultan ya leves cendales...
¡Quiero esperar!

Gin. Esperareis en vano.

Gian. Yo de este inútil esperar me ufano.
Vuestras pupilas enojadas veo,
y así el recuerdo en vuestros ojos leo
de mi delito ¡para mí bendito,
que en mí pensais pensando en mi delito!

Gin. Hablais con tanta audacia cual si fuera
yo vuestra amante.

Gian. ¡En Neri se ha extinguido
la inteligencia, ya os lo he dicho!

Gin. ¡Era
verdad!

Gian. ¿Os alegrais?

Gin. ¿No habreis creído
que no le amé?

Gian. Perdón si me equivoco.
Aun vive. ¡Amadle pues!

Gin. ¡Amar á un loco!...
Mas ¿cómo ha sucedido?...

Gian. Ha sucedido...
¿Anoche no observasteis en la cena
su exaltación?

Gin. Bebía con exceso.

Giau. No, ya no estaba su razón serena;
aquel furor era el primer acceso.
Cuando le ví ponerse la armadura
y que salió de aquella catadura,
tan borrascosa y tumultuariamente,
para mí fué indudable su locura.

Gin. Y en la taberna, ¿estábais vos presente?

Gian. Sí, yo lo ví. Cuando llegó furioso,
armado de los pies á la cabeza,
interrumpió la fiesta y la alegría.
Era á la vez ridículo y grandioso:
á un titán y á un bufón se parecía.
Airado en alto su espadón blandía,
y gritaba con voz atronadora:
—¡Traidores! ¡Todos morireis ahora!—

Gin. Era la burla convenida.

Gian. Era
la locura decid. ¡Horrible instante
de espanto, de desorden, de sorpresa!
Quién se escondió debajo de una mesa,
quién se parapetó detrás de un banco,
quién dió á correr dejando el paso franco;
uno gritaba, el otro maldecía;
confundíanse en medio del tumulto,
el golpe y el gemido y el insulto.
¡Y Neri amenazaba todavía!
—¡Loco! ¡Está loco!—por doquier sonaba.
¡Y él con su risa, el dicho confirmaba!
—¡Locos vosotros, viles servidores
de Médicis, jauría de traidores!—
Y apelaba á la astucia para herirles.
¡Empeño vano! ¡Son esgrimidores
formidables! ¡No es fácil reducirles!
Se apoderaron de él, le sujetaron...
Saltaba, y se estiraba, y se encogía,
y semejaba un puerco-espín hirsuto.
Al fin las manos y los pies le ataron,
hasta que dijo un médico: A este bruto,
tal vez la oscuridad le convendría.
Y entonces á la cueva le bajaron.
¡Y cómo aullaba! ¡Y cómo maldecía!
¡Pobre Neri!

Gin. ¿Y qué harán con él ahora?

Gian. (Irónico.)
Tengamos esperanza en el Magnífico
que es siempre generoso.

Gin. Y... ¿cómo hicisteis?...

Gian. ¿Para llegar aquí?... La cosa es clara.
De ver al pobre Neri tan caído
en verdad me sentí compadecido,
y quise que su dicha prolongara
transformándome en él. Del Tornaquinci
volví á la casa y recogí el vestido
que Neri abandonado allí dejara;
con su vestido recogí su llave,
salí embozado con su capa verde,
vine, abrí, entré... Con qué emoción tan grave
llegué hasta aquí, ¡mi corazón lo sabe!
¡Quiera el amor que siempre lo recuerde!
Crucé esta estancia, la encontré vacía,
pisé el umbral del camarín soñado,
la débil luz en un rincón ardía,
dulce penumbra en torno se extendía,
dí, un paso... y otro .. y me acerqué á tu lado.
No mis pies, el amor me conducía.
¡Cómo temblaba... y cómo te quería!

Gin. Os ví; me parecisteis Neri.

Gian. Era
su capa verde...

Gin. Sí, su capa... Y luego
volví á dormirme...

Gian. Para estar más ciego
de amor, velé la luz discretamente.
De tus desnudos brazos transcendía
suave perfume. En la penumbra austera
sentí el amor purificar mi frente.
¡Y era un ladrón, que tímido saltaba
por la muralla que protege el huerto,
y con ojos atónitos miraba
la ansiada fruta, y á la vez temblaba
del perro enorme, rondador despierto!
Tu dulce aliento en sueños me invitaba
con placidez de playa que esperaba
la ola rugiente que á romper venía...
¡Y entonces el amor te idealizaba!
La hermosa fruta junto á mi veía,
la iba á robar... ¡Y nunca me atrevía!...
¡Sólo un beso furtivo!

Gin. Fué bastante.
Gian. Bastante, sí; fué un siglo en un instante.
Gin. Un beso, que si hubiera yo sabido
ser de un ladrón...
Gian. ¿Lo hubierais preferido?
(Pausa.)
Gin. ¿Y Neri? (Con miedo.)
Gian. (Feroz.) ¡Lo merece!
Gin. ¡Si volviera!
Gian. No volverá, pues lo dejé encerrado.
Además, Fazio en el portal espera.
Gin. ¡Ladrón de amor!
Gian. ¡De amor! ¡Ven á mi lado!
(Se acerca y la abraza. Pero de improviso se oyen lejanos rumores.)
Gin. ¿Has oído?
Gian. Sí.
Gin. ¿Quién?
Gian. (Balbuciente,) No sé.
Gin. ¿Has temblado!
Gian. No.
Gin. ¡Alguien viene!
(Giannetto se separa de ella. Entra FAZIO, anhelante, pálido.)
Fazio ¡Señor!
Gian. ¿Qué ha sido?
Fazio Neri,
mientras los servidores del Magnífico,
trataban de sacarle de la cueva
para llevarle á un calabozo, supo
romper sus ligaduras, echó á tierra
á cuantos sujetarle pretendían,
y ha huído...
Gian. ¡Ha huído!
Gin. ¡Virgen santa!
Fazio Y viene...
Y con un hacha enarbolada, jura
matar á quien le obstruya el paso...
Gin. ¡Corrre!
Fazio Por aquí, no.
Gian. ¿Le siguen los de Médicis?
Fazio Pero entretanto, ¡libre está!
Gin. Salid
por aquí.
(Señalando la puertecilla.)
Pronto encontrareis la calle.

Fazio Venid.

Gin. (Aterrorizada.)
Y yo me cerraré allá dentro.
(Entra en su habitación y se encierra.)

Fazio Seguidme, pues. (Señalando la puertecilla.)

Gian. Vamos á dar aviso
á los nuestros: cazarle es lo que importa.
(Hacen mutis.)

Cintia (Dentro, á gritos.)
¡Señora! ¡Auxilio!

Neri (Dentro también. Las voces se aproximan.)
¡Calla ó te extrangulo!
¡Calla, perversa! ¿Tú también me tienes
por loco?

Cintia (Entra aterrorizada, como después de haberse desasido de él.)
¡Auxilio! ¡Auxilio!

Neri (Entra furioso, siempre armado de hierro. Ha perdido pedazos de su armadura. Esgrime el hacha en la mano. Lanza en dirección de Cintia el arma, que cae con estrépito infernal, y persigue á la criada por la habitación.)
¡Mujerzuela!
¡No des voces! ¡Harás que te degüelle!

Cintia ¡Al loco! ¡Al loco!

Neri ¿Guardarás silencio?
No estoy loco, ¿lo entiendes? No estoy loco.
¡Ven aquí! ¡Pronto!

Cintia ¡Virgen santa, sálvame!
(No pudiendo ya huirle, trata de apaciguarle, como se hace con los locos.)
Como querais... Como querais... Sed bueno.
Sed bueno. ¡Pobrecito!... Y yo haré cuanto
me mandeis... Sí: teneis razón...

Neri ¿Qué vanas
necedades murmuras, insolente?
(Aferrándose á ella, que casi ha caído de rodillas.)
¡Basta ya!

Cintia (Intentando alzarse para huir.)
¡Cómo quieras!... ¡Pobrecillo!

Neri (Empujándola violentamente á la habitación de la izquierda.)
¡Ahí dentro, sapo venenoso!... ¡Calla!
(Cintia hace mutis.)
Pero ¿por qué sospecha[illegible] estoy loco?
No habló con nadie... Nadie le habrá dicho

la escena... ¿Su ridículo capricho
á qué obedece? ¡La razón invoco
sin dar con ella!... ¿Es que parezco acaso
loco en efecto? ¿Es que por tal, ya paso
en todas partes?... ¿Fué sencillamente
que le dió miedo ver esta armadura?
Mi aspecto justifica ciertamente
su espanto... Será prueba de cordura
que me la quite. ¡Es lástima! ¡Era hermosa
y ya está toda rota y descompuesta!
(Sonrieudo. Empieza á despojarse de la armadura.)
¡Cada destrozo es cicatriz gloriosa!
Caro costó, pero gané la apuesta...
No me he visto jamás en tal aprieto.
¡Tenías la emboscada bien dispuesta!
¡Mas yo estoy libre, y no hay perdón Gian-
[netto!
Pero ¿y Ginebra? ¿Duerme?... ¿Cómo pudo
no despertar, con tal rumor?... ¿Qué dudo?
(Se ha libertado ya de la armadura. Se acerca á la puerta y ve que está cerrada por dentro)
¡Cerrada!... ¡Abre, tesoro! ¡Estoy rendido
y necesito descansar! ¡No duerme!
¡La oigo andar! (Golpea la puerta.)

Gin. (Dentro.) ¡Pobrecillo! ¡Sé juicioso!
¡Que Dios te salve!

Neri ¡Tú también, villana!
¡Abre, te digo, ó romperé la puerta!
¡Ya verás si estoy loco!

Gin. (Con voz dulce.) ¡No! ¡Sé bueno!

Neri ¡Abre, te digo, ó te desloino á palos!

Gin. No, pobre, Neri, no.

Neri ¡Que abrieras, dije!
(Sacude la puerta con violencia.)
Me hormiguean las manos... ¿No has oído?
¡Se encerró bien!... ¿No cederá la puerta?
(Redobla la violencia en las sacudidas.)

Gin. (Dentro, gritando.)
¡Favor! ¡Socorro!

Neri ¡Habrá que derribarla!
(Con este objeto se dirige á coger el hacha. Pero de improviso se detiene al oír voces extrañas hacia la izquierda.)
¿Qué es esto? ¿Me siguieron? ¿Me persiguen?
¿En proclamar insisten mi locura?
(Se lanza hacia la puerta izquierda.)

Voz 1.ª (Dentro.)
¡Cerrad la puerta!
(Antes que Neri gane la salida le cierran la puerta violentamente.)

Neri Ahora vereis, traidores.

Voz 2.ª (Á la izquierda y muy alto.)
¡Estamos pronto!
(Se abre de golpe la puerta de la izquierda y aparecen en ella cerrando el paso á Neri, soldados y familiares de Médicis.)

Voz 1.ª (A la derecha.) ¡Y también nosotros!
(Neri, acorralado y asido por todos, aún se defiende y forcejea.)

Voz 2.ª (Entre el tumulto.)
¡Sujetadle con fuerza!

Voz 1.ª ¡Es un gigante!

Neri ¡Médicis viles!
(Aparecen en la puertecilla GIANNETTO y FAZIO.)

Gian. Le atareis de suerte
que no pueda librarse de su encierro.
Es orden del Magnífico.

Neri (Viendo á Giannetto.) ¡Bergante!

Gian. Dejadle hablar y sujetadle fuerte.

Neri ¡Ah, bestia inmunda! ¡Ah, miserable perro!

Gian. (Sarcástico.)
¡Neri, mi pobre Neri! ¡Si supieras
cómo en mi corazón siento tu herida!
¡Loco en lo más florido de la vida!

Neri ¡Temo que voy á enloquecer de veras!

Gian. Pensemos en la amante despedida.
Deja á una hermosa enamorada; es justo
permitirle que de ella se despida.
(Se dirije á la puerta de la alcoba.)

Gin. (Apareciendo en el umbral.)
¡Da compasión!
(Neri hace un gesto de furor.)

Gian. (A Ginevra.) Aunque le veis adusto,
él siempre os ama...

Neri (A Ginevra.) ¡Hipócrita! ¡Vendida!

Gian. (A Ginevra.)
¡Perdón! ¡Le falta el juicio!
(A Neri fingiendo dulzura.)
No te exaltes.
(Pasando la mano por la cintura de Ginevra, que apoya la cabeza en su hombro.)
Yo la consolaré mientras tú faltes.

Neri ¡Traidores!

Gian. (A los que le sujetan.)

Conducidle con cuidado.

(Los de Médicis tiran de Neri, que forcejea furiosamente.)

Neri (Sujeto y encadenado. Fuera de sí, á Gianneto.)

¡Me la has robado, sí, me la has robado!
¡Yo volveré, yo nunca me someto!
¡Y para tí no habrá perdón, Giannetto!

TELON



ACTO TERCERO

Calabozo subterráneo del Palacio de los Médicis. Es un antro de bellas líneas, pero obscuro y triste. De una columna ágil y sólida, arrancan los arcos que componen la estancia. Las paredes de cal y piedra, sin otros ornamentos. Enfrente, hacia la derecha, una puerta conduce al piso superior por escalerita visible. Sobre la puerta un hueco, por el cual se ve también la escalera. En la pared izquierda, otra puerta mayor. No hay muebles; solo algunas cajas y objetos inútiles usados. Es por la tarde. La luz exterior llega debilísima. Dos antorchas alumbran el aposento.

—

(GIANNETTO entra por la izquierda con cuatro ESTAFEROS (estaffieri).

Est. Vedlo, señor; este es el aposento.
Gian. Propio del caso.
Est. Falta solamente
traer al loco.
Gian. Mas andad con tiento.
Si se desliga, es hombre peligroso.
Est. No hay que temer. Desde que está ence-
[rrado
y á obscuras, cual el médico dispuso,
se halla rendido; no discute; alguien
le toca no se mueve.
(Entra el DOCTOR vestido á la usanza cómica del tiempo.)
Gian. Por si acaso,
ligadle bien. ¿Verdad, Doctor?
Doc. Tal creo.
Amarrarle á un sillón será prudente.

Con los locos es práctica corriente,
cuando se intenta, como yo deseo,
procurar que el enfermo ó hechizado
se someta á la prueba del careo.

Gian. (Irónico.)
¿Un careo, decís?

Doc. Es lo indicado.
Bien se me alcanza que la prueba es dura,
mas la ciencia lo tiene demostrado;
sólo el asombro ó el terror les cura.
Si dieron muerte á un deudo del paciente,
haréis que el matador se le presente.
Si fué que á la mujer le sedujeron,
debéis ponerle al seductor enfrente.
¡Como les reconozca, está curado!
Siempre estos choques de contrastes dieron
el más satisfactorio resultado.
Un golpe brusco, una impresión odiosa.
Es mi doctrina.

Gian. ¡Y es maravillosa!

Doc. ¡Ha hecho milagros! Una vez, recuerdo
de dos endemoniados espantables,
á quienes daban ya por incurables
todos los sabios, de común acuerdo.
—Puede—pensé—que mi sistema ejerza
más firme acción que estos discursos vanos.—
Y dejándoles libres pies y manos,
á ambos uní y encadené con fuerza.
Así, dos días les guardé en su encierro.
Y entonces sus demonios respectivos,
rebelándose á estar juntos y vivos,
se debatían contra el duro hierro
y se embistieron tan furiosamente
que al rebotar sus golpes alcanzaban
á los dos poseídos y dejaban
señales en su pecho y en su frente.
Entramos y les vimos desligados
de la cadena, en tierra ensangrentados,
Dios en sus labios y el demonio ausente.
Dóciles permitieron ser llevados
al lecho... y espiraron dulcemente.
(En tono de sentencia.)
¡En cuanto el loco siente el sufrimiento
está salvado!

Gian. ¡Ah, *dómine magíster!*
¡Qué prodigioso y admirable invento!

(Transición.)
¿Y, según vos, el pobre Neri ha sido
también por el demonio poseído?

Doc. No está tan claro.

Gian. Esa opinión tenía
el Magnífico...

Doc. Entonces, es la mía.

Gian. No es esa mi impresión, os lo declaro.

Doc. Con la confrontación se pondrá en claro.
Aquí mismo ha de ser. Si su locura
no es peligrosa, le dejamos libre;
no han de faltar parientes que se encarguen
de su custodia. ¡Por la calle vemos
á tantos locos sueltos en Florencia,
sin que en la realidad causen más daño
que el de soliviantar á los chiquillos!
¿De alguien sabéis que pueda atormentarle
con su presencia?

Gian. Sé de tres portentos
de belleza por él alucinadas
y después de rendidas olvidadas.
Las tres vendrán; son tres remordimientos.

Doc. Si así no le curamos, será fuerza
buscar á un hechicero que le saque
los demonios del cuerpo con plegarias
y con hierros candentes.

Gian. ¡Pobre Neri!

Doc. ¡Qué vayan por el loco!

Gian. Andad. Yo aguardo.

(Sale el Doctor con los guardias por el foro.)
(FAZIO entra súbitamente, ansioso.)

Fazio ¡Señor! Gabriel está en Florencia. Sabe
la desgracia de Neri y os persigue.

Gian. ¿Le has visto?

Fazio Cintia me lo dijo. Estuvo
en casa de Ginevra...

Gian. ¿Y pudo hablarla?

Fazio No. La señora conoció al momento
su voz y recelando que quisiera
á su hermano vengar, negóse á abrirle.

Gian. ¡Ah!

Fazio Y él rogaba apasionadamente,
diciendo que la amaba demasiado
para causarle daño alguno.

Gian. Sigue.

Fazio Que, si entrar le dejara, solo al verla

tan hermosa el furor se aplacaría,
aunque la odiara más que odia á Giannetto,
y caería á sus pies manso y rendido
como un cordero... Y la llamaba á voces,
dándole dulces nombres amorosos,
reina y señora, amparo á sus tristezas,
albergue de su paz y su ventura.

Gian. ¿Y Ginevra?

Fazio Negóse fieramente
á abrir, temiendo que mintiera; sabe
de qué ferocidad los dos hermauos
son capaces.

Gian. (¡Lo son!) Dí, Fazio...

Fazio Entonces
cambió de tono y la cubrió de injurias.
Y jurando mil veces que os daría
horrible muerte, prosiguió el camino
á vuestra casa, dónde está en acecho.
Allí le he visto, pálido de ira,
y fuera de las órbitas los ojos,
con sed de amores y con sed de sangre.

Gian. ¿Frente á mi casa?

Fazio Gira en torno de ella,
siempre exaltado y vigilante...

Gian. (Obsesionado por una idea.) Dime...
¿Piensas que si Ginevra hubiese abierto,
él... se arriesgara á traicionar á Neri?

Fazío (Animándose por momentos.)
¡Oh!... Ante el amor á una mujer, sucumbe
todo amor, el más santo, el más glorioso.
Tiene el amor á una mujer la fuerza
y el aroma de un vino irresistible;
es venenosa flor que seca todas
las demás flores del jardín de nuestro
corazón; es la llaga dolorosa
que tanto duele que el dolor aplaca
de todas las heridas; es ceguera
que en la mano del padre el puñal mueve
para matar al hijo...

Gian. (Cortándole el discurso.)
¡Tú que sabes!

Fazio (Modestamente.)
Esta es la única ciencia que es posible
á un ignorante conocer á fondo.

Gian. ¿De suerte, según tú, que el insensato
soplo de amor que corre por las venas

de Gabriel, apagar puede el cariño
fraternal?

Fazio Más sospecho; que en sus ojos,
sobre el anhelo de mataros, brilla
la llama del amor que le devora,
y besaría vuestros pies si fuerais
el guía que á Ginevra le llevara.

Gian. ¡Deliras!

Fazio Tanto más, cuanto imagina
que la locura de su hermano es cierta.

Gian. Ello le incita más para vengarse.

Fazio Os maravilla porque no sentísteis
nunca el amor; sois como las serpientes;
el manjar es delicia en vuestros labios,
no en vuestro gusto. Mas Gabriel es otro.
Él sabe amar... él ama... con angustia...
Crueldad, vergüenza, humillaciones, nada
será bastante á refrenarle.

Gian. Dices
palabras que se infiltran en mi espiritu
profundamente. Por la vez primera
yo soy más fuerte que esos dos hermanos;
con dulzura infinita saboreo
esta embriaguez... Objeto de ludibrio,
aun siento en mí clavados sus puñales.
La ilusión más hermosa de mi vida
era vengarme y, comenzada apenas
la venganza, ya estoy en el peligro
de verme envuelto entre mis propias redes.
Mas no, mil veces no: yo dejaría
de ser quien soy si no triunfara.

Fazio Rugen
contra vos dos leones...

Gian. Tú no has visto
lo que yo veo...

Fazio ¡Huyamos de Florencia!

Gian. ¡Y volver no podríamos ya nunca!

Fazio Pero, ¿qué plan es vuestro plan? ¡Decidlo!

Gian. Seguir el juego.

Fazio ¡El juego! ¡Con la muerte
no se juega!

Gian. ¿La vida es otra cosa
que un juego con la muerte? ¡Cuanto tiem-
[blo
más, tanto más el juego me divierte!
Ver á Neri á mis pies quiero vencido

implorando piedad; que me sonría
como á un igual, para gozarme en ello.
Este es mi ensueño y lo he de ver logrado
¡ó el nudo de terror que yo he forjado
caerá sobre él y apretará su cuello!

Fazio Así juegan, señor, las mariposas
en torno de la luz. Tiemblan. Parece
que van á huir y vuelven anhelosas.
La llama les atrae, que resplandece,
y el fuego les asusta. A un tiempo mismo
aman al sol y rondan el abismo.
Gozosas cerca del peligro pasan
y por el gozo de temer se abrasan.

Gian. ¡Es su destino!

Fazio Nunca ví el milagro
de que apague una luz la mariposa.

Gian. La mariposa no; pero el murciélago...
(Por la abierta puerta del foro se ve cómo bajan por la escalerita los carceleros, que traen á Neri amarrado á un sillón. El Doctor les sigue. Como la escalera está á obscuras, se alumbran con antorchas.)

Fazio Ya traen al loco.

Gian. ¡Adelante!
(Les hace señas para que avancen, y, efectivamente, avanzan hasta detenerse más acá de la columna. De espaldas á ésta dejan á Neri atado al sillón.)

Neri ¡Hasta cuándo
has de gozarte en burlarme, Giannetto,
bárbaro engendro de torpe ramera!

Gian. ¿Me respondeis de que está bien sujeto?

Doc. Ni Hércules mismo soltarse pudiera.

Neri Vé y al señor de Florencia nefando,
al que en la sombra tu crimen proteje,
dile que falta ponerme mordaza,
único medio de hacer que yo deje
de repetir la viril amenaza.

Gian. (Fingidamente.)
Tu exaltación conmoverme ha logrado.
Todo lo haré para verte curado.
(Al Doctor.)
Arriba están prevenidas las bellas.
Pronto vendrán. Vuelve, Fazio, con ellas.
(Sale Fazio.)

Neri ¡Vil! ¡Bestia horrenda!
(Después de forcejear vanamente en un acceso de ira

cae en estado de abatimiento y aullando como un perro castigado, murmura.)

¡Otra vèz! ¡Siempre á obscuras!
¡Siempre vencido por mis ligaduras!...
¡Ah! ¡Lo merezco! ¡A él le toca vengarse!
¡Si no me matan, habrán de acordarse!
¡Gabriel! ¡Hermano! ¡Si tú lo supieras,
dura venganza á este escarnio pusieras!

Gian. (A Neri, siempre burlón.)
¡Es por tu bien! Ten paciencia un instante.
(Neri le mira con rabia.)
También en mí despertaba la ira
cuando lanzaste mi cuerpo en el río,
cuando el puñal en mi carne clavabas.
¡Y era por burla!... ¡Yo soy generoso,
y es por tu bien! Ya están aquí. ¡Miradle!
(Reaparece Fazio trayendo á las tres muchachas: Laldomina, Fiammetta y Lisabetta.)
¡Pobre amador! ¡Da lástima de verle!
¡Vuestra hermosura le dará consuelo!...
(A los demás.)
¿Vamos, señores?
(A las mujeres.) ¡Endulzad su duelo!
(Queda Neri á solas con las tres mujeres.)

Lald. (Después de una breve pausa de asombro.)
¡Y es verdad que está loco! ¡Neri! ¡Neri!

Fiam. ¡Ah, el traidor!

Lald. ¡No responde!

Fiam. ¡Ya era hora
de que también sufriera!

Lald. ¡Calla, calla!
¡Yo fuí igualmente abandonada, y sólo
siento piedad!
(Neri sigue inmóvil con expresión de dolor, con los ojos fijos en un punto del espacio.)

Fiam. ¡Yo solo siento ira!
¡Mas ya no puedes engañar, infame!

Lald. ¡Calla, que tienes corazón de hierro!

Fiam. Soy mujer: solo sé de dos caminos,
el odio y el amor... ¡Le odio! ¡Le odio!

Lald. ¡Lisabetta, ven tú!
(Lisabetta, que seguía en el foro, se aproxima.)
¡Mírale, acércate!
¡Tú, más dichosa que nosotras, nunca
en sus garras caíste, y ahora puedes
mirarle con amor y sin oprobio!

Le amabas en secreto. Nunca puso
en ti los ojos al pasar: llorabas
celosa y envidiabas nuestra dicha.
La dicha que nos trajo el abandono,
cuando tu frente se conserva pura.

Fiam. Yo le aborrezco. ¡Soy mujer honesta,
que pide cuentas de su honor robado!

Lald. ¡Ah, cuán feroz honestidad la tuya!

Fiam. Tienes razón; mejor es que me ausente.

Lis. Con él dejadme á solas, Laldomina,
nada más un momento.

Lald. Sé prudente,
y piensa que es furiosa su locura.

Lis. Son fuertes las cadenas: no hay peligro.

Lald. ¡Pobre Neri! De lejos te aborrezco.
De cerca no sé odiar: te compadezco.

(Entra Giannetto, que se detiene con Fiammetta y Laldomina.)

Gian. ¿Qué tal?

Lald. Ni una palabra fué posible
conseguir de él... Nosotras le dejamos.

Gian. Andad, andad.

(Salen Fiammetta y Laldomina. A Lisabetta.)

¿También tú fuiste víctima
de este bergante? ¿Te robó la honra?

Lis. No... no...

(Corrigiéndose.) Sí.

Gian. Pues, ¿qué esperas? ¡Ahí le tienes!
Puedes vengarte á tu placer; es tuyo.
No tengas compasión de su locura.

Lis. (Fingiendo.)
¡Verdad! ¡Verdad! Por esto he preferido
quedarme á solas...

Gian. Yo no te lo impido.

(Mira á Neri irónicamente y sale.)

Lis. (Con ardiente ingenuidad.)
¡Más me enamora al ver su desventura!
¡Ay! ¡Si los besos que soñé le diera,
tan perturbado como está, estuviera...
que el amor es también una locura!
¡Yo lo sé, yo lo sé; como lo sabe
mi vieja abuela, confidente grave
de este dolor que en el silencio avanza,
de este profundo amor sin esperanza!
Pasabas á mi lado indiferente,
cual cruza por los campos el torrente

sin detenerse á percibir la queja
de la flor que en sus aguas se refleja.
Solo mi vieja compañera en tanto,
como un sol de esperanza entre mi llanto,
decía:—¡Eres hermosa... eres hermosa...
tú vencerás y tú serás dichosa!—
Y yo todas las noches me dormía
soñando con la dulce profecía...
¡Pluguiera á Dios que fueras la luz clara
de mi alcoba, que el sueño me alumbrara!
Mas no: eres luz que junto á mí pasó
sin verme y al pasar me deslumbró.

Neri ¡Sí que te he visto! ¡Te he visto! ¡Eres bella!

Lis. Parece que discurre con sentido...
Dijeron que es furiosa su locura
y ha hablado tan galán y tan pulido...
¡Mírame fijo!... ¡mírame! ¡Te quiero!
¡Nunca el amor dió más tributo á un hombre!
(Neri sigue inmóvil, petrificado, ciego de ira.)
Me llamo Lisabetta... Lisabetta...
¿Por qué no pruebas á decir mi nombre?
¡Dilo! Yo el tuyo pronuncié más veces
que gotas de agua corren por el Arno.
Lo sé decir en infinitos tonos,
llorando, deseando: ¡Neri!... ¡Neri!

Neri (Exasperado.)
¡Ah, qué tortura! ¡Venganza! ¡Venganza!
¡Tú eres mi solo fulgor de esperanza!
¡Más cerca, escucha: á creer te conjuro
que no estoy loco!...

Lis. (Sobrecogida.) Danlo por seguro.
¡Oh! ¡Si no lo estuviera! ¡Qué vergüenza!

Neri ¿Cómo lograr que mi voz te convenza?
¡Por tu candor y tu amor te lo juro!
¿Qué pruebas quieres?

Lis. Te creeré al instante
si se borra el furor de tu semblante
y me miran tus ojos con cariño.

Neri Suave es tu voz como halago de niño...
Llégate, ven. ¿No ves cuánto te adoro?
(Ella se acerca.)
Tú sola en mí confianza pusiste.
Tu corazón con sus rayos de oro
venga á alumbrar esta noche tan triste.
Pues en mi amor refugiarte deseas,
oye mi amor y yo haré que me creas.

Si mi razón no tuviera albedrío,
tu corazón no sería tan mío,
ni tu divino perfume de rosas
despertaría este anhelo inocente
de dar un beso en tu frente querida.
¡Hay un poder sobre hombres y cosas
que al cocodrilo gustar no consiente
la dulce fruta en la rama florida!
¡Ven á mí, flor de primavera!

Lis. (Enlazándose á él.) ¡Tiemblo!

Neri ¡Quiero mis labios posar en tu frente!
(Se besan con avidez.)

Lis. ¿Por qué si no estás loco te encadenan?
¿Por qué te encierran y por qué te oprimen?

Neri (Furioso en voz baja.)
¡Es la traición, es la burla, es el crimen!

Lis. (Con terror.)
¡Vuelve á tus ojos la siniestra llama!

Neri ¡Sí, es una llama sangrienta que enciende
todo mi ser y venganza proclama!
De su poder, ni el amor me defiende.

Lis. ¡Si pudiera ayudarte! ¡Si pudiera!

Neri ¡Oh, si pudieras lograrme que viera
sólo un instante á mi hermano, sería
para tí eterno mi amor! ¡Te amaría
con la constancia que el musgo la peña,
como las olas la playa risueña,
como la mente los sueños que sueña!

Lis. ¿Quién á este triste estado te redujo?

Neri Giannetto fué quien traidor me condujo,
Médicis quien en la sombra le incita.
¡Siervos de Médicis! ¡Raza maldita!

Lis. Pero ¿cómo salvarte?... Yo imagino
que ser astuto es el mejor camino...
Finge que es verdadera tu locura,
que esta burla feroz te ha trastornado.

Neri No. Cuanto más mi dolor consideren
más gozarán en su bárbaro triunfo.

Lis. Pero se librarán de tu persona,
y tal vez á tu hermano te confíen.

Neri No, porque así temerán su venganza.

Lis. Simula una locura inofensiva
y yo les pediré que te encomienden
á mi custodia...

Neri Pero antes Giannetto

se pondrá en salvo y huirá de Florencia
sin que yo pueda vengarme.

Lis. Perdónale.

Neri ¡No, no hay perdón! Lisabetta: te quiero.
Todas las dichas de tí las espero!
¡Mas necesito vengarme primero!

Lis. Pues, si quieres vengarte, finge, finge;
mas no finjas locura peligrosa,
sino suave y pacífica... La astucia
será tu libertad. ¡Yo te lo imploro!

Neri Tienes razón... ¡Lisabetta! ¡Te adoro!

Gian. (Entrando.)
¿Le hablaste? ¿Qué te dijo?

Lis. Mejor fuera
que no le hablara nunca.

Gian. (Irónico.) ¿Fué galante?

Lis. Habló, mas con tan grande incoherencia...

Gian. (Receloso.)
¿Incoherencia?

Lis. Pero no irascible,
sino débil... Probad á interrogarle
vos mismo.

Gian. (Indagador.) ¡Neri!

Neri (Fingiendo extravío.) ¿Quién se me aproxima?
¿Un elefante con la torre encima?
¡Qué enorme! ¡Da terror! Yo soy un moro...
Quiero mirarme... ¿No tenéis espejo?

Lis. ¡Pobrecillo!

Gian. (¿Qué nueva farsa es esta?)

(Aparecen el DOCTOR y FAZIO. Después les siguen los Guardianes.)

Gian. Entrad sin miedo, *dómine magister*.

Doc. ¿Dió resultado la experiencia?

Gian. Ha dado
el más maravilloso resultado.

Doc. No me sorprende... Se le ve en el rostro...
tiene menos tirantes las mejillas...
su mirada es más tímida, más dulce.
Huyeron los demonios de la carne.

Gian. ¿Así opináis?

Neri (A Lisabetta.) Soy moro y tú cristiana...
Si nos casamos nacerá un doctor
color de camomila...

Doc. Aún desvaría.

Neri ¿Quién quiere hacerme daño? Seré bueno...
Tú serás mi maestro y mi pedante.

Doc. ¡Da compasión! (Lisabetta llora.)

Fazio (A Giannetto, con temor.)
¡Ha enloquecido!

Gian. ¡Calla!

Neri (Que tiene á su lado al Doctor.)
¿Eres el Arcipreste? ¡Qué elegante!
¡Gabriel! ¡Hermano! Te prometo siempre
ser bueno: dí que no me den castigo...
seré bueno... más bueno que Giannetto.

Lis. (A Giannetto.)
¿No os da piedad?

Fazio (A Giannetto.) ¡Señor, señor! ¿Qué hicísteis?

Gian. (Con intención.)
Cierto que infunde lástima.

Doc. Yo juzgo
que cuando un loco llega á tal estado
que no hay peligro de que ofenda á nadie,
lo indicado es llamar á los parientes
para que ellos le cuiden.

Lis. ¡Ay! El triste
no tiene otro pariente que su hermano,
y está en Pisa.

Gian. (Con intención.) Que en Pisa nos espere.

Lis. Si consentís, le llevaré conmigo:
mi abuela y yo le cuidaremos... Tales
lazos con él me unieron que no es mucho
cuidar yo de él mientras su hermano llega.
Es dócil como un niño.

Gian. (Con astucia y temor.) ¿Como un niño?

Lis. Sí.

Gian. No. Que siga en esta casa. Nadie
en casa de los Médicis peligra.

Neri (En un súbito arranque.)
¡Ah! ¡Vil!

Gian. Aun tiene arranques de fiereza.
Fuera temeridad imperdonable
abandonarle en manos femeniles.
(Por Lisabetta y Neri.)
Mejor será que yo les hable á solas.
(Al Doctor y los guardianes.)
Salid vosotros: al instante os llamo.
(Salen los guardianes y el Doctor.)
(A Lisabetta.)
Escucha: tú bien sabes que ahora finge
para hacernos creer que ha enloquecido
por culpa nuestra y ver si le soltamos.
Dime, pues, la verdad, y nada temas.

Neri ¿Por qué me hacéis llorar? ¿No veis que tengo
un nudo en la garganta?

Lis. Preguntadle
vos mismo... ¡Es que está loco! ¡Es que está
[loco!
Se calmó su furor con mi presencia...
Podéis soltarle sin peligro.

Gian. Escucha.
Yo te prometo que si está curado
y jura no volver á atormentarme
en libertad le dejaré ahora mismo.
(A Neri.)
Te brindo paz. Fué burla contra burla.
Hagamos punto en la contienda... ¡Neri!
¡Ten compasión de mí! Tú te ensañabas
en mi martirio y demostrarte quise
que un débil puede defenderse... Ahora
la paz está en tu mano. Yo la quiero
y te prometo respetarla. Cese
tu hostilidad y no tendrás amigo
mejor que yo... ¡Sé generoso, Neri!
(A Lisabetta.)
Aconséjale tú. ¡Basta de lucha!

Neri Sopla el gato el hornillo, enciende el fuego,
cierra el portillo y queda entre las llamas.

Lis. ¡Señor! Mirad á qué terrible estado
le ha reducido vuestra burla.

Gian. ¡Mientes!
(A Neri.)
¡Por última vez, Neri! ¡Paz te pido!
La voz no escuches de tus celos: piensa
que es peligroso el juego sobre el agua
en un río tan hondo...

Neri ¡El río! .. Mira
los peces rojos, que parecen llamas.

Lis. ¿No veis, señor, cómo divaga?

Gian. Tengo
miedo de tí... y de mí... ¡Paz, Neri! ¿Aceptas?

Neri Los peces rojos, que parecen llamas,
llamas de sangre... El agua no las borra...
Para borrar la sangre es necesario
el fuego... ¿Amas el fuego?

Gian. (Desesperadamente.) ¡Neri! ¡Neri!

Neri ¿Amas las nubes?

Gian. ¿Lo quisiste? ¡Sea!
¿El odio quieres? Pues que el odio triunfe.

Mas hora es ya de que te suelte. Acaso
cuando estés libre, con razón discurras.
Y, si ni así quieres la paz tampoco,
debo pensar que es cierto que estás loco!

Neri ¡Alcánzame una estrella de los cielos!

(Giannetto se dirige trémulo á la puerta y dice á los que están tras ella escondidos.)

Gian. ¡Soltadle! ¡Y que los hados determinen
nuestro destino!

(Entran el Doctor y cuatro guardianes.)

Cuatro de vosotros
son pocos para él: que vengan otros.

(Sale uno de los guardianes y vuelve con otros cuatro.)

Conozco al hombre y su intención barrunto.

Neri (A los guardianes que se le acercan.)

¡Cuántos guerreros! ¡Qué marcial conjunto!
¡Yo seguiré vuestro triunfal camino!
Dadme un cayado. Soy un peregrino...

(Le sueltan.)

Gian. (A Fazio, temblando.)

¡Fazio, le sueltan!

Fazio (Apretando el puñal en la mano.)

No temais. Le acecha
mi puñal. Si os ataca, le asesino.
Y está loco, además...

Gian. ¡Vana sospecha!

(Neri está ya casi libre. Apenas le sueltan los brazos se muerde las muñecas.)

Neri (Groseramente.)

¡Tengo hambre!

Lis. (Acercándose á Neri.) ¡Pobrecillo!

Neri ¿Qué me quieres?
¿Eres Gabriel, mi hermano?... ¿No? ¿Quién eres?

Lis. (Le abraza fingiendo emoción.)

¡Oh, qué dolor! Ya no tendré consuelo.

(Neri se levanta y da uno ó dos pasos torpemente.)

Dame la mano y sigue mi camino.

(Le da la mano y le sirve de guía efectivamente.)

Neri Yo seré bueno... Soy un peregrino...

Gian. (Se acerca temblando á Neri. Fazio le sigue.)

Sé, Neri, que es ficción; que si pudieras
lanzarte sobre mí, muerte me dieras:
que, si ahora salvo tu furor, lo debo
al miedo á verte sujetar de nuevo...

(Neri sigue fingiendo dulzura.)

Está bien... (Transición.)
¡Pobre Neri! Tu dulzura
me ha conmovido, ¿es cierta tu locura?
¡Pobre Neri! ¡Tu voz no me responde!...
Oyeme, pues: con el amor más ciego
que ardió jamás en amoroso fuego
adoro á la que fué tu compañera:
sé que su amor al mío corresponde.
Esta noche iré á verla: ella me espera...
Si me quieres matar, ya sabes donde.
(Neri se dirige á la salida, siempre de la mano de Lisabetta y precedido por los guardianes. Fazio queda con Giannetto.)

Neri Un peregrino... Un peregrino errante... (Sale.)
Gian. ¡Corre, sí! ¡Precipítate al abismo!
Su rojo fondo llevas en ti mismo!
Fazio ¿Por qué esta lucha bárbara, por qué?
Gian. Tiemblo y amo el peligro: me divierte
jugar con el amor y con la muerte...
¿Noche de amor? ¿Noche de muerte?... ¡Iré!

TELON



ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo. Es de noche

—

(Después de una pausa, GINEVRA sale de su habitación y dirígese á la puerta de la izquierda. Está vestida con voluptuoso traje íntimo, ligerísimo, amarillo, que hace relampaguear su cuerpo, bellamente formado. Su abundante cabellera cae suelta por la espalda. Lleva en la mano un espejo de plata.)

Gin. ¡Cintia! ¿Qué ha sido?

Cintia (Entrando por la puerta izquierda.)
No es nada, señora.
Me pareció que sonaba la puerta,
bajé al zaguán y nadie en él había.

Gin. ¡Ay, Cintia! Vivo en continuo terror,
siempre temblando que vuelva Gabriel!
(Siéntase lánguidamente sobre el arca, cerca de la puerta.)
¡Estoy rendida esta noche y sin sueño!
Siento que Mayo por mis venas corre.
Bella es la noche: con placer saldría...

Cintia Mas el señor Giannetto vendrá pronto...

Gin. Péiname, Cintia.
(Cintia le coge los cabellos, los arregla y forma con ellos un gran cerco de trenzas, como opulenta flor, sobre la gentil cabeza.)

Cintia Y si Gabriel volviera...

Gin. No digas eso ni en burla. ¡Qué espanto!

Cintia Aunque más duro que su hermano fuera,
pronto le vencería vuestro encanto.

Gin. No creas tal.
Cintia Si á la mujer le presta
fuerza el amor, al hombre se la resta.
Los más feroces, vuelven subyugados.
Para nosotras, sólo hay un momento
de vencer: cuando están enamorados.
Por esto las mujeres de talento
no se enamoran...
Gin. ¡Brava teoría!
Cintia Y vos misma, señora, todavía
conservais lucidez de pensamiento.
Lo peligroso es murmurar:—Te amo—
sin rubor de mentir...
Gin. Eres despierta.
Cintia ¡Oh, si yo fuera cual vos—lo proclamo—
siempre mis ojos con dulce reclamo
de enamorados llenaran mi puerta.
Como una reina del amor sería;
con el imperio de mi gracia, sobre
miles de cortesanos reinaría:
y, como todos los demás, el pobre
Gabriel viniera á darme pleitesía.
Y, aun, para verle á mi poder sujeto,
á cambio de sus paces con Giannetto,
en premio un poco de mi amor tendría...
Quiero decir del vuestro... ¿Me equivoco?
Gin. ¡Fiero es Gabriel! Más temible que el loco.
Cintia Débil arma, señora, es su fiereza
para luchar con vuestra gentileza.
Bastará que mostréis tímidamente,
no el seno luminoso y transparente,
sino siquiera vuestro pie pequeño
de nieve y rosa, breve como un sueño.
Gin. Hablas en poesía.
Cintia Son, señora,
las palabras de un joven que os adora.
Me las repite con harta frecuencia,
siempre rogando que yo le encomiende
á los impulsos de vuestra clemencia.
Es un cantor que de rimas entiende
y por las calles cantando camina
á los acordes de su mandolina.
Gin. ¿Merece ser amado?
Cintia Lo merece
por el encanto que su ingenio ofrece.
Pero de vos sepárale un abismo...

Yo os digo lo que él dice y es lo mismo.
(Cintia ha terminado el tocado de Ginevra.)
Ahora vendrán: irán cantando el mayo.

Gin. Abre, pues, la ventana; entren la luna
y el canto: amo la luz y las canciones.
(Cintia se encamina al foro. Abre la ventana. Entra un rayo de luna. Tras breve pausa.)
¿Oyes? ¡Son pasos!

Cintia ¿Quién es?
(Se abre de improviso la puerta secreta y entra Neri con su capa verde.)

Neri Soy yo. ¡El loco!

Cintia ¡Virgen del cielo!

Neri Si respiras, mueres.
Entra en tu cuarto hasta que yo te avise.
(Cintia se dispone á obedecer.)
Espera... Dime... ¿Hay alguien en la casa?
Piensa que una mentira es tu sentencia
de muerte... Dime... ¿Hay alguien?

Gintia ¡Señor! Nadie
más que nosotras dos, ¡pobres mujeres!
¿No véis temblando á mi señora?

Neri (A Cintia, viendo á Ginevra y con reconcentrada voz.)
Déjanos.
(Sale Cintia. A Ginevra.)
¡Ah! ¿Conque tiemblas, cortesana? ¿Tiem-
[blas?
(Cogiéndola por el brazo.)
¿Por qué, si estoy de la razón privado?
Los locos somos buenos. Son los cuerdos
los malos, los feroces... Mi cordura
te he de probar siendo cruel contigo.

Gin. Soy inocente, Neri: fuí engañada...

Neri Lo sé, pero estos brazos estrecharon
á mi enemigo. Los manchó y yo quiero
lavar la mancha. Es necesario. ¡Es justo!
No por amor, que ya no puedo amarte,
sino por ansia de vengar la afrenta,
porque te amé, porque estos blancos hom-
[bros
y esta garganta y este pecho fueron
el altar de mi amor, y los altares
purifica la sangre de las víctimas.

Gin. ¡No, no! (Aterrorizada.)

Neri (Frío y cruel.)
Pues caiga derribado entonces

el altar... ¡No hay perdón! ¿Oyes? Elige.
O que Giannetto entre tus brazos muera
—le espero aquí, sé todos sus designios—
ó moriréis los dos, uno tras otro.

Gin. ¡No! ¡Ten piedad de una mujer! ¡Bien sabes
que te dí amor!

Neri ¡Amor!... Te lo he pagado
con usura... Tu casa, tus vestidos...
son de mi amor... Saliste de la nada,
te recogí del fango de la calle,
¡y me hiciste traición!

Gin. ¡Neri!

Neri ¡Silencio!
Para mí tus lamentos son en vano...
Dime... Cuando Giannetto vuelve ¿dónde
le esperas? ¿En tu cámara cual antes
me esperabas, ó aquí? ¡Pronto! ¡Responde!
¿Allí?

Gin. Sí, allí.

Neri ¿Y está toda la casa
á oscuras? ¿No hay más luz que esta linterna?
¡Yo la dejaba en ese mismo sitio!...
(Señalando el arca.)
¿No mientes?

Gin. No.

Neri Pues corre al lecho, corre...
Espérale radiante y perfumada,
pronta á tenderle con amor los brazos,
hermosa ¡y digna de que muera en ellos!
¡Casi le envidio su gloriosa muerte!

Gin. ¡No iré! ¡No iré! ¡No harás esa perfidia!

Neri Yo te conozco y sé que no le amas.
Sabiendo que su muerte es el camino
para salvarte, dejarás que muera.

Gin. ¡No quiero, no!

Neri ¡Mala mujer! Si sale
una protesta de tu boca, juro
que he de tenderte yerta sobre el lecho.
Y allí, cuando Giannetto te acaricie,
te hallará fría, ¡intensamente fría!

Gin. ¡No! (Da algunos pasos estremecida de terror.)

Neri Cuida, pues, de no decir palabra.
Según sus amenazas, imagino
que ha de venir con gente armada, acaso
para matarme... Accecharé en tu alcoba.

Cuando Giannetto no me encuentre y crea
estar solo á tu lado, el miserable
buscará de tu cuerpo el dulce arrimo.
¡Yo saldré entonces!

(Ginevra hace un gesto desesperado como intentando hablar. Neri le impone silencio con la mirada.)

¡Pronto! ¡Adentro!

(Ginevra entra en la alcoba.)

¡Cintia!

(CINTIA entra al instante por la izquierda.)

¿Nos has oído?

Cintia ¡Nada!

Neri ¡Mientes! ¡Todo!...
Prefiero que así sea... Y ahora, atiende:
si se te escapa una palabra, un gesto,
¡encomiéndate á Dios!... Al lecho torna
y no salgas, escuches lo que escuches.

(Cintia sale temblando. A Ginevra que está en su alcoba.)

Y tú, primero de acostarte, deja
en su sitio la luz.

(Reaparece Ginevra y pone la linterna sobre el arca, junto á la entrada de la alcoba. Luego desaparece nuevamente.)

Así me place.

(Después de una pausa, Neri se acerca á un armario á la izquierda. Lo abre y saca un puñal. Luego de escuchar un instante entra también en la alcoba. Se oye acercarse en la calle una ronda de cantores. Después una voz canta bajo la ventana.)

Voz (Cantando.)

CANCIÓN DE MAYO

Ha vuelto Mayo,
el mes de los amores.

(Acorde de violines.)

Vistió la primavera (1)
su túnica de flores;
la vida placentera

---

(1) Para que no se hagan muy largas esta situación musical y la siguiente, puede cantarse esta primera parte nada más, una estrofa en cada situación, y suprimir la segunda parte. O, viceversa, utilizar la segunda y prescindir de la primera.

se inunda de colores;
nos brinda sus fulgores
un amoroso rayo.

(Acorde.)

Los campos, ¡qué risueños!
La noche, ¡qué serena!
Nos mecen los ensueños,
amor nos encadena,
de estrellas está llena
la noche. ¡Ha vuelto Mayo!

(Acorde final. Terminada la estrofa, el cantor calla en pausa larga. En la puerta izquierda iluminada por la luna aparece FAZIO. La habitación está apenas alumbrada por la linterna. Fazio adelanta sigiloso y se detiene á escuchar. Cuando ya está en medio de la estancia le llama Cintia con voz anhelante.)

Cintia ¡Ahí! ¡ahí está! ¡Que no venga Giannetto!

Fazio ¿Quién?

Cintia Neri: el amo... Vé á dar el aviso.
¡No me descubras, por Dios! ¡Huye! ¡huye!

Fazio (Dirigiéndose á ella después de haber requerido el puñal.)
¿Dónde se oculta?

Cintia En la alcoba, esperando
asesinarle cuando entre... ¡Si sabe
que os advertí del peligro, soy muerta!

(Sale. Fazio, después de breve vacilación, vuelve á desaparecer por la puertecilla de la derecha. Empieza de nuevo el acorde y se oye la canción nuevamente.)

Voz (Cantando.)

Risueña abrió su puerta
la bella desdeñosa;
el día nos despierta
en brazos de una hermosa;
el alma se reposa
en lánguido desmayo.

(Aparece en la puerta izquierda, y luego avanza, un hombre oculto bajo una capa roja. Cruza la habitación dejando la luz donde está y entra en la alcoba.)

Voz (Cantando,)

¡Sé siempre bien venido
viajero de ilusiones,
que traes á nuestro nido
aromas y canciones!
¡Abrid los corazones!
¡Amad! ¡Ha vuelto Mayo!

(El cantor calla. Óyese un último acorde que se aleja. Breve pausa. Fazio reaparece y escucha. Pasan pocos instantes. Se oye un doble grito de hombre y mujer, Facio desaparece rápidamente.)

Neri (Dentro de la alcoba.)
¡Siempre, Giannetto, cumplo mis prome-
[sas!
(En el umbral de la puerta.)
Si aun no estás muerto ó si los muertos sien-
[ten,
¡acuérdate de mí, de Neri el loco!
(Tras una carcajada feroz, dirígese á la puerta izquierda para huir, con el puñal ensangrentado en la mano. Cuando ya está cerca de la puerta, iluminada por la luna, aparece en aquélla la rígida figura del pálido Giannetto. Hace Neri un gesto de estupor y retrocede, se le cae de la mano el puñal, balbucea, coge la luz, acércase á Giannetto que ha avanzado en la sombra.)
¡Tú! ¡Tú!

Gian. (Temblando en su venganza con un esfuerzo supremo, sepulcral.)
¡Yo! Mi presencia no te espante.
Que apresuraste tu venganza advierte:
¡nunca tuvo Ginevra un solo amante!
Tu capa verde fué mi introductora;
mi roja capa le presté yo ahora.
Tú, con tu amor, el mío defendiste
¡y muerte en brazos del amor le diste!

Neri ¡Dí! ¡Dí!... ¿Quién era?

Gian. (Feroz.) ¡Era Gabriel! ¡Tu hermano!

Neri (Con desesperación.)
¡No!

Gian. (Con intención sugestiva.)
¡Si á tus ojos crédito concedes,
entra y verás el crimen de tu mano!
(Neri, embrutecido, con la linterna en la mano, con el rostro descompuesto, con los ojos enormemente abiertos, presa de terrible curiosidad, entra en la alcoba.)
¡Y ahora conserva la razón si puedes!

Fazio Huyamos, aun es tiempo... ¿Qué habéis he-
[cho?

Gian. ¿Huir? ¡Jamás! Yo siento que mi pecho
ama el terror... ¡Ya vuelve! ¡Si me alcanza!...

Neri (Dentro.)
¡Lisabetta, mi vida, mi venganza!

Gian. Si fué mi voluntad, ¿de qué me espanto?

Neri (Saliendo. Siempre idiota.)
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

Gian. ¡Oh! ¡Si pudiera
llorar!... ¿No tendré lágrimas siquiera?
¡Naturaleza, dame al menos llanto!

TELON

NOTA

En algunas compañías extranjeras el papel de Giannetto lo ha desempeñado una actríz. Entre ellas, Sarah Bernhardt, Mimí Aguglia Ferrau y Tina di Lorenzo.

Obras de Ricardo J. Catarineu

Flechazos, versos. Con prólogo de Melchor de Palau. (Agotada
Tres noches, poema en verso. (Agotada.)
Giraldillas, versos. Con prólogo de Clarín.
Los forzados, versos. Con una portada de Vicente Cutanda.
Estrofas, versos. Con prólogo de Manuel Bueno.
Almas errantes, novela. (De *El Cuento Semanal)*.
Los fiambres, juguete cómico en un acto y en prosa. Lara, Madrid. (En colaboración con Pedro Sabau.)
La romería, zarzuela en un acto y en verso. Campoamor, Oviedo. (*)
Venalidad, drama en un acto y en prosa. Princesa, Madrid.
Por los hijos, monólogo en verso. Apolo, Madrid.
El deber, comedia en dos actos y en prosa. Comedia, Madrid. (En colaboración con Pedro Mata).
La otra, comedia en un acto y en prosa. Lara, Madrid. (En colaboración con Pedro Mata).
La mentira del amor, comedia en tres actos y un epílogo. Español, Madrid. (En colaboración con Manuel Bueno).

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

Versos de Maupassant, traducción en verso. (Del libro *Los domingos de un burgués en París*, editado por el Sr. Ruiz Contreras).
El equipaje del rey José, zarzuela en un acto, en prosa y verso, inspirada en Galdós. Apolo, Madrid. (*)

(De Coppèe):

La huelga de los herreros, monólogo en verso. Comedia, Madrid.
El banco, monólogo en verso. Princesa, Madrid.
El caminante, idilio en un acto y en verso. Comedia, Madrid.

(De Sudermann):

El rincón de la dicha, comedia en tres actos y en prosa. Princesa, Madrid. (*)

(De Bernstein):

La ráfaga, drama en tres actos y en prosa. Comedia, Madrid. (*)

El ladrón, comedia en tres actos y en prosa. Español, Madrid. (*)

(De Sardou):

La pista, comedia en dos actos y en prosa. Comedia, Madrid. (*)

(De Heyjelmans):

El «Buenaventura», drama de mar en cuatro actos y en prosa. Principal, San Sebastián. (*)

(De Nani):

Tempestad en la sombra, drama trágico en un acto y en prosa. Novedades, Barcelona. Lírico, Madrid. (*)

(De Capus):

Mi sastre, entremés en prosa. Odeón, Buenos Aires. Lara. Madrid.

(De E. Manuel):

Los obreros, drama en un acto y en verso. Español, Madrid. (*)

(De Delpit):

El hijo de Coralia, comedia en cuatro actos y en prosa. Princesa, Madrid. (*)

(De Sem Benelli):

La cena de las burlas, poema dramático en cuatro actos y en prosa. Princesa, Madrid.

(*) En colaboración.

Queda prohibida en absoluto la venta de este ejemplar, pues la obra se imprime exclusivamente para el servicio de las compañias